

CAPÍTULO OCTAVO

HERZEN

El fracaso de la Revolución de 1848, en Francia primero y después en Alemania, Italia, Polonia y Australia, en Europa entera, tuvo múltiples consecuencias negativas en el proceso de implantación y vigencia de los derechos prometidos por la originaria y fundante de 1789.²⁰⁸ A la hora de las rebeliones individualistas que responden a los nombres de Novalis, Grillparzer, Gauguin, Goya y Berlioz, es conveniente examinar y añadir la de Alexander Ivanovich Herzen (1812-1870), padre ideológico del populismo ruso, cuya obra merece una mirada atenta como producto no sólo de la experiencia del fracaso personal, vital, sino de su toma de conciencia y de posición ante un proyecto colectivo derrotado, el de la revolución proletaria de mediados del siglo XIX, que dejó huella en el canon de los derechos universales lentamente cristalizados hasta llegar a la Declaración de 1948, en la que las elites europeas y norteamericanas, espoleadas por el proyecto soviético, antagónico al mecanismo económico y social de Occidente, fijaron límites al Estado que el nacionalsocialismo y el fascismo habían perdido en el abismo totalitario y a los horrores inconcebibles del exterminio sistemático de grandes y pequeños grupos humanos, identificados entonces como *El Enemigo*, y después de la derrota de aquella pretensión, reconocidos como *La Víctima*, giros que impactaron hasta el derecho penal contemporáneo, obligado a un replanteamiento conceptual crítico, el de Ferrajoli notablemente. Dicho conocimiento obliga a seguirle el rastro a nociones centrales de ese pensar y a su génesis histórica. La obra de Herzen es útil en la reflexión que posibilita enlazar posiciones individuales de manifiesta inconformidad ante mundos y circunstancias singulares con el discurso jurídico-político de los derechos universales y su difusión hasta remotos lugares, originalmente excéntricos al núcleo euroamericano aglutinante de derechos y libertades, “reconocidos por la ley, fabricados desde la política y sancionados por la sociedad”. Fue, es la fertilidad del inconformismo la creatividad de la discrepancia; sus frutos son paulatinamente estimados como bienes públicos, como puntos

²⁰⁸ Carrillo Prieto, *Derechos...*, *cit.*

de referencia en la larga singladura que parte del siglo XVIII para arribar al XXI, entre tormentas y calmas chichas, mar gruesa, bancos mortíferos y monstruos abisales. Dichos referentes han salvado a más de una “tripulación” generacional de quedar desarbolada por el rugir furioso de los poderes político, religioso, económico, jurídico y mediático, cinco jinetes con vocación apocalíptica.

Tolstoi recordaba, con simpática precisión, su encuentro con Herzen medio siglo después de ocurrido: “Vivaz, sensible, inteligente, interesante, no muy alto, regordete... Herzen inmediatamente comenzó a hablarme como si hiciera mucho tiempo que nos conociéramos. Hallé encantadora su personalidad. Nunca había conocido a un hombre más atractivo. De los hombros para arriba está por encima de todos los políticos de su tiempo y del nuestro”.²⁰⁹ Los comentaristas de su obra subrayan su valor literario, y Berlin llega a decir que Dostoievsky “reconoció la poesía de sus escritos”, en la vena romántica que le nutría.

Olga Novikova²¹⁰ ha dejado establecido que

la edición completa de sus memorias (*Byloe i dumy 1852-1867*), traducidas al español, italiano, francés e inglés como *Mi pasado y mis pensamientos* o como *Pasado y pensamientos*, vieron la luz casi un siglo después... No obstante, el libro cumplió con su propósito y gracias a él Herzen pudo redimir y resucitar a sus muertos, confesar y analizar el pasado e incluso encontrar un camino hacia el futuro...

Una de las mayores aspiraciones del pensador ruso con la escritura de esta autobiografía (“no una monografía histórica sino el reflejo de la historia en un hombre a quien encontró en el camino”, como la caracterizó el propio Herzen) fue la de superar el viejo antagonismo entre la existencia y el pensamiento, entre lo práctico y lo ideal, y Franco Venturi, en su obra pionera acerca del populismo ruso,²¹¹ sostiene que “el socialismo premarxista ruso, antes de cristalizarse en un movimiento político”, no se había expresado en una doctrina, sino en una vida: la de Herzen y sus inquebrantables acontecimientos de la memoria, como él solía decir.

Los hechos de la suya son muy conocidos: nació el 6 de abril de 1812, poco antes de que *La Grande Armée* llegara a Moscú para sembrar, a golpe

²⁰⁹ Berlin, Isahi, *Contra la corriente*, México, 1983, pp. 261-286.

²¹⁰ Estudio preliminar a *Pasado y pensamiento* de Alexander I. Herzen, Madrid, 1994, pp. IX-XLIX.

²¹¹ Venturi, Franco, *El populismo ruso* (edición original italiano de 1952), traducción de Esther Benítez, Madrid, 1981, pp. (1er tomo) 99-150.

de bayoneta, “la lengua francesa y el municipio libre” (pero no el “jacobinismo”, como sostiene errónea e infundadamente Novikova), de un matrimonio irregular entre Ivan Yakoleu, rico aristócrata (usado por Napoleón como “correo del zar”) y Luiza Haag, alemana luterana de diecisiete años. Gracias al mariscal Mortier, duque de Treviso, pudo la familia escapar de la ciudad en llamas, protegida por un salvaconducto imperial, con la condición de llevar una carta de Bonaparte a Alejandro II, proponiéndole una paz imposible. A los trece años, el futuro socialista-populista supo de la insurrección militar de los jóvenes y heroicos generales de la guarnición de San Petersburgo, el 14 de diciembre de 1825, para reclamar libertades y derechos en el marco de un gobierno constitucional: eran los legendarios “decembristas”, aureolados de romanticismo, que capturarían la imaginación de otros futuros revolucionarios, en Rusia y en Europa entera, inspiración de poetas y novelistas, materia prima de una historia rocambolesca de fracasos y derrotas, pero también de heroísmo y generosidad, equivocados o no.

En su enorme y melancólica casa, junto al Arbat, educó Ivan A Yakolev a su hijo, a quien le dio *el sobrenombre de Herzen*, como para hacer hincapié en el hecho de que era hijo de una unión irregular, un asunto del corazón... Recibió la educación normal de un noble de su época, es decir, fue cuidado por una hueste de institutrices y educado por tutores privados, alemanes y franceses, cuidadosamente escogidos por su neurótico, irritable, devoto y suspicaz padre. Se tomó todo cuidado para que desarrollara sus facultades. Fue un niño vivaz e imaginativo y absorbió fácil y ansiosamente los conocimientos. Su padre lo amó a su manera... un carácter (el de su padre) difícil como el del Príncipe Bolkonsky de Tolstoi. Vivió con todas las puertas y ventanas cerradas y las persianas permanentemente bajadas y, con excepción de unos cuantos viejos amigos y su propio hermano, no vio virtualmente a nadie.²¹²

Su tutor francés —al decir de Berlin— le aseguró que Luis XVI fue ejecutado por “traicionar a su patria”, lo que dio pie para hacerle conocer los ideales de la Revolución, la de libertad e igualdad, fraternidad y felicidad, austeridad y patriotismo, y el de la democracia republicana como única forma de gobierno de hombres y mujeres libres, iguales ante la ley y leales a sus convicciones personales en una sociedad tolerante y creativa. La cruel represión del episodio decembrista lo apartó de antiguas convicciones; se preguntó sobre el valor de la ley en el despotismo zarista, abriéndose un abismo emocional entre él y la autocracia. Se convirtió entonces en “disidente”, lo que no era tan sencillo (ni lo es ahora) en Rusia.

²¹² Berlin, *op. cit.*, pp. 263 y 264.

“Un día de verano, Alexander y su amigo Nikolai Ogarev subieron a las colinas del Gorrión, desde las cuales se veía toda Moscú y juraron allí sacrificar su vida en la lucha contra el despotismo, siguiendo el ejemplo de los héroes del catorce de diciembre”.²¹³ Años más tarde, Herzen acabaría por comprender que los decembristas heroicos habían basado su conjura en ideales e ideas de la Ilustración del siglo XVIII, ya entonces en declive, identificándose con una cultura ajena importada precisamente por las elites a las que había declaradose la guerra, en manifiesta confusión de trágicas consecuencias. “Su fallida revuelta —sostiene Novikova— planteaba problemas muy semejantes a los que había afrontado la sociedad francesa unos treinta años antes: las relaciones entre señores y campesinos, el régimen constitucional de gobierno, el origen de la propiedad²¹⁴ y los derechos del hombre”.

Además, los decembristas introdujeron el factor moral y el elemento psicológico, su sentimiento de culpabilidad y su aislamiento social y económico frente a un pueblo esclavizado por la minoría adicta a los Romanoff del que provenían los privilegios de la casta decembrista, que ahora los repudiaba. En dicha contradicción Herzen se matriculó en la Universidad de Moscú y se adentró en Kant y en la metafísica alemana, Schelling y Hegel a la cabeza. También leyó los textos de los historiadores franceses Guizot y Thierry, y los de socialistas utópicos como Saint-Simon, Fourier, Enfantin y Leroux, desafiando la censura de libros prohibidos.

Acariciando el peligro, las consecuencias no tardarían en llegar: fue arrestado, junto con otros estudiantes, y a pesar de la poderosa influencia paterna, desterrado a la frontera asiática, en Vyatka, para trabajar en la administración pública de aquel remoto lugar en el que se distinguió como burócrata competente. Logró su padre, visto el comportamiento correcto de su hijo, que éste se acercara a Moscú para residir en Vladimir, en donde casó con su prima Natalia Zajarina. Finalmente, regresó a Moscú en la década de 1840 y obtuvo un cargo oficial en San Petersburgo. Se impuso entonces de una cuestión que dividiría a la intelectualidad política rusa, es decir, el debate entre “occidentalistas” y “eslavófilos”, animado por las *Cartas filosóficas* de Chaadaev, quien veía en el pasado de Rusia la clave para descifrar y encaminar el porvenir y no en las disquisiciones, teorías, postulados y axiomas de la Ilustración dieciochesca que sólo había logrado construir en Rusia una elite de “esclavos ilustrados” (para echar mano de la paradójica expresión de Herzen). Chaadaev —al decir de Novikova— hegeliano y religioso, encontraba en el cristianismo la máxima expresión de la libertad y la justicia, pero

²¹³ Novikova, Olga, *op. cit.*, p. XIII.

²¹⁴ Carrillo Prieto, *Ante la desigualdad...*, *cit.*

viscisisitudes históricas lo habían apartado del mundo de esa senda, la única que conduciría al espíritu a libertar al pueblo ruso. Rusia no tenía historia propiamente dicha, y vivía sólo en presente, privada de pasado y de futuro, sociedad *acrónica* y además, atópica, pues la inmensidad de su territorio negaba posibilidades a una política racional homogénea, a menos que se contara con la Iglesia ortodoxa, ya burocratizada por el zarismo. Era preciso propugnar su alianza con la católica, que había sido fundamental en civilizar al Occidente cristiano mediante métodos muy distintos a los despóticos de Pedro El Grande y de Catalina. Herzen compartía la opinión de Chadaev de que el progreso era desarrollo de la libertad, sin las connotaciones religiosas del filósofo cristiano. Coincidió con él en la tesis de que Rusia y su desarrollo eran excepcionales en el mundo, pero que habría de abrirse a Occidente, y que ésa era la tarea más importante de las elites del Imperio.²¹⁵

En 1847, muerto su padre y en posesión de su cuantiosa herencia, Herzen abandonó Rusia sin saber que no habría retorno para él, y viajó a Alemania lujosamente, acompañado de Natalia.

El arribo a París fue decisivo en la formación ideológica del todavía joven Herzen, pues en “la codiciada metrópolis” trabó conocimiento con Bakunin y Proudhon, el ala de extrema izquierda del socialismo revolucionario. El gobierno ruso reaccionó con viva reocupación ante esas “liasons dangereuses” del súbdito del zar, convenciéndole a regresar. Al negarse a acatar tan peregrina y despótica ocurrencia, confiscó su fortuna y la de su madre, pero los buenos y poderosos contactos de Rotschild, a quien el joven aristócrata rebelde “caía bien”, lograron recuperar dichos dineros, y, con ellos, su independencia, lo que le permite, además, acudir a remediar la indigencia que padecían otros exiliados políticos, compañeros de las causas revolucionarias de toda Europa. Berlin sostiene que la vida en París permitió a Herzen articular “un devastador análisis de la degradación de la burguesía francesa” (afirmación que es preciso tomar “cum grano salis”, pues bien sabido es que a Berlin nunca le agradó ni simpatizó nunca con lo francés, y menos aún con Marx: enamorado del ladrillo de Londres y del liberalismo capitalista, urdido en inglesas escuelas).²¹⁶

Su labor periodística (*Cartas desde la Avenue Marigny*) fue aplaudida por la alta calidad de su escritura.

La perspectiva de Herzen en estos ensayos es una combinación de idealismo optimista, la visión de una sociedad libre, intelectual y moralmente, cuyos

²¹⁵ Novikova, *op. cit.*, pp. XIX y XX.

²¹⁶ Berlin, *op. cit.*, p. 26.

principios él vio en la clase trabajadora francesa; fe en la revolución radical que crearía las condiciones para su liberación; pero con esto, una profunda desconfianza de todas las fórmulas generales, de los programas y gritos de batalla de los partidos políticos, de las grandes metas oficiales...²¹⁷

Su pesimismo acreció con la derrota de la insurrección proletaria de julio de 1848²¹⁸ y el golpe de Estado del Pequeño Napoléon. Herzen adoptó, sabia y afortunadamente, la nacionalidad suiza; infortunadamente conoció, casi al mismo tiempo, la infidelidad conyugal y la traición del amigo (y escribió dolorido aquel fracaso en líneas que a Berlin le parecen “totalmente egocéntricas”, sin reparar el lord de circunstancias, ni por un momento, que no podrían haber sido escritas de otro modo). Después de esa crisis personal, buscó refugio, para él y las tres hijas que le quedaban, en Londres, a donde llegó en 1851, para fundar, con Nikolav Ogarev (aquel amigo juvenil con quien juró combatir la tiranía) un periódico en ruso, de caracteres cirílicos, *La Estrella Polar*, en el que aparecieron publicados capítulos iniciales de *Mi pasado y mis pensamientos*, libro de memorias con el que alcanzaría la celebridad literaria y política, y cuya primera edición íntegra apareció entre 1861 y 1867; sus *Obras completas* lo hicieron poco tiempo después del triunfo de la Revolución de Octubre en Rusia, ya trasmutada en Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, “un hermoso monumento de erudición”, como Berlin no tiene más remedio que admitir.

En Ginebra, Herzen emprendió una nueva aventura: la fundación del famoso periódico, el más celebrado de los “panfletos” revolucionarios rusos: *La Campana (Kolokol)*, que tuvo enorme éxito. “Reunió en torno de sí a todo aquel que no estaba intimidado... comenzó a penetrar a Rusia por rutas secretas y fue leído regularmente por altos funcionarios de la autocracia zarista”, hasta por el propio Alejandro II, quien según cuenta la tradición, llegó a corregir algunas arbitrariedades gubernamentales denunciadas por Herzen. El jefe de la policía política rusa daba sus pasos pendientes de las reacciones de *La Campana* y sufría lo indecible cuando no conseguía tener entre las manos el último número que llegaba, invariable y explicablemente, retrasado. El éxito tuvo otras consecuencias y convirtió a Herzen en leyenda, la del opositor valiente y lúcido que todos ansiaban conocer, aun aquellos que le miraban como un enemigo, peligroso e impredecible. La muerte de Nicolás I y el advenimiento de Alejandro II marcaron un compás de espera en la oposición exiliada, y Herzen también cayó en la trampa, aun-

²¹⁷ *Ibidem*, p. 269.

²¹⁸ Carrillo Prieto, *Derechos...*, *cit.*

que su crédito se mantuvo intacto, pero no cuando se atrevió a defender la independencia de Polonia, pues el chauvinismo ruso salió entonces a la superficie, atacando a Herzen como “traidor a la patria”, esa que le había sido tan adversa, esa patria torturadora y obtusa, patria patrioter a ingrata. Fue el principio del fin de *La Campana*. Los Gouncourt también contribuyeron a su fama, y en sus *Diarios* dejaron pintado un atractivo retrato de Herzen:

Una máscara socrática con el color y la carne transparente de un retrato de Rubens, una marca roja entre cejas como una marca de fuego, pelo y barba grisáceas... Conforme habla hay una constante risilla irónica que se eleva y cae en su garganta. Su voz es suave, melancólica, musical, sin nada de la áspera sonoridad que pudiera uno esperar de su enorme cuello; las ideas son finas, delicadas, pungentes, a veces sutiles, siempre definidas, iluminadas por palabras que toman tiempo para llegar, pero que poseen siempre la feliz calidad del francés cuando es hablado por un extranjero civilizado e ingenioso... Habla de Bakunin, de sus once meses en prisión encadenado a un muro, de su escape de Siberia por el río Amur, de su regreso a través de California, de su llegada a Londres donde, después de su tormentoso, húmedo abrazo sus primeras palabras (a Herzen) fueron “¿Puede uno conseguir ostras aquí?”²¹⁹

Berlin, en su bosquejo biográfico (en realidad, el prólogo a la edición inglesa de *Mi pasado y mis pensamientos*) reconoce que Herzen estuvo más cerca de los franceses y los suizos, hasta de los italianos, e inclusive de los alemanes que de los ingleses, “demasiado insulares, demasiado faltos de imaginación, demasiado materialistas y autosatisfechos” (que no parecen haber cambiado mucho, de entonces ahora). Se dedicó a educar a sus hijos confiándolos a Malwida von Meysenburg, amiga de Nietzsche y de Romain Rolland. Convirtióse en amante de la esposa de Ogarev ¡sin que la amistad con el marido no sufriera demérito alguno! Mientras, procuró aclarar su enfoque del futuro de Rusia y, a diferencia de los bolcheviques ortodoxos, lo vislumbró encabezado, no por los obreros, sino por los campesinos y su tradición colectivista, aun cuando “hacia el final de su vida comenzara a reconocer la significación histórica de los trabajadores urbanos organizados”.²²⁰ Empero, no idealizó a unos ni a otros, pues “era consciente del abismo que existía entre la intelectualidad y las masas ignorantes”. Sus llamadas a la elite rusa de acercarse al pueblo, para aprender de él, fueron centrales en el populismo ruso,²²¹ que lo tuvo a él como Gran Profeta. Como todo profeta, fue históri-

²¹⁹ Berlin, *op. cit.*, p. 277.

²²⁰ *Ibidem*, p. 279.

²²¹ Williams, Beryl, “Herzen, Alexander Ivanovich”, *Enciclopedia del pensamiento político*, Madrid, 1989.

camente desacertado, pero en sus textos continuó viva la flama sagrada de la rebelión personal con sus intransigencias y sus sombras, con lo que tuvo de admirable y lo que conllevó de deplorable en el vaivén entre lo exultante de sus éxitos y los infiernos de la depresión, de su eterna nostalgia de Rusia (tan aguda y dolorosa como la de Cabrera Infante por Cuba) y la conciencia del imposible retorno al país que había dejado de ser suyo, antes mental, pero, después, geográfica y físicamente.

Tampoco tuvo entrada con Marx, a cuyos ojos Herzen era un “hereje”, un “paneslavista imperialista”, según lo sostiene Novikova, quien ha esquematizado las diferencias entre uno y otro: Herzen rechazó el modelo de socialismo autoritario del marxismo, detestado toda restricción actual a la libertad individual a cambio de un potencial futuro, libre e igualitario, sofisma que advirtió perspicazmente, para desesperación y condena de los redentores leninistas, tan celosos de las recetas exclusivas de sus padres anglogermanos y del sagrado honor de esa “madrecita” rusa suya. También lo separaban “las inexorables leyes de la Historia”, tan caras a Marx y tan repulsivas a Herzen y, sobre todo, la identificación del actor del cambio y del motor del mismo: ¿obreros? ¿campesinos?, ¿obreros versus campesinos? Lo cierto es que ni Marx fue obrero ni campesino Herzen, ni lo fueron sus padres ni sus hermanos, aunque ambos hablaran en nombre de éstos y aquéllos sin que casi nadie reparara en este gran inconveniente, empírico y moral, en aquellos revueltos días que impidieron que se conocieran, frente a frente, los dos heraldos del “porvenir luminoso”, que acabó por defraudar a todos los supervivientes del naufragio de La Revolución Definitiva, anunciada y promovida por ambos, cuyos malentendidos no lo eran tanto como quisieron ver algunos “guardias” del canon revolucionario hasta hace relativamente poco tiempo.

En los ensayos escritos para *Kóloko*²²² Herzen expuso sus reflexiones sobre el socialismo, examinó los aspectos económicos y teóricos de la *obshina* (la tradición colectivista agraria rusa) y propugnó la necesidad de convocar a una especie de *Asamblea Constituyente*, la *Zemskaya Duma* (nombre felicísimo por cetero y aglutinante, como explica Novikova, pues las palabras “sobor”, raíz de *sobornost*, que significa “consejo” y *zemski*, que se traduce como “nacional”, formaban parte del vocabulario ideológico de los eslavófilos, mientras que la misma idea del consejo nacional evocaba para los occidentalistas la Asamblea Constituyente francesa.²²³

²²² *Vid. supra.*

²²³ Novikova, *op. cit.*, nota de la página XXXIV.

Su fe en el papel transformador que el campesinado ruso podía y debía prestar a la revolución procedía —según Berlin— de Rousseau (que a Berlin, por cierto, no le gustaba ni tantito),²²⁴ fue amortiguándose con el paso de los años, convencido Herzen finalmente de que “los hombres son menos maleables de lo que se creía en el siglo XVIII, ni buscan realmente la *libertad*, sino la *seguridad* y con eso quedan fatalmente desarboladas. La nueva generación de conspiradores nihilistas encontró *alla Turgenev* en esta claudicación” motivo para hacerle el vacío al no tan viejo Herzen; el sí ya muy viejo y barbudo Tolstoi le volvió la espalda, reacio como era el terrateniente aristocrático de Yásnaia Poliana a todo compromiso político.

De Ginebra, abandonado para siempre inhóspita Londres, viajó a Florencia. Regresó a Paris para morir ahí la víspera del inicio de hostilidades de la Guerra Franco-Prusiana, víctima de la neumonía, en una fría y gris madrugada, el 21 de enero de 1870, a los cincuenta y ocho años de su edad y al cabo de una penosa y delirante agonía. Está enterrado en Niza bajo una estatua suya, “de grandeur natural”.

Además del interés multiplicado que el populismo ruso y Herzen y Chernyshevski despiertan entre historiadores, los teorizantes de la política, sociólogos, antropólogos y etnólogos, el fenómeno ruso es veta para análisis y reflexiones sobre el alcance y el sentido del romanticismo político y sus desembocaduras históricas y jurídicas. No debe olvidarse que en la inicial disputa entre occidentalizadores y eslavófilos estos últimos estimaron que su tarea central, primordial y prioritaria estribaría en “insertar los elementos populares, la *obshina* y el *mir*, la totalidad del mundo campesino, *en una visión ya no ilustrada (estatalista o liberal) sino religiosa y romántica*”,²²⁵ que acabaría por convertirse en una retórica reaccionaria y conservadora, pues “el injerto fue a menudo artificioso y realizado sin precisión”. Los eslavófilos urdieron una religión del pueblo ruso como respuesta a la especificidad eslava, al despotismo oriental de aquel inabarcable Imperio, sin llegar a desentrañar que los pueblos y sus valores eran los que posibilitaban la secular opresión. Contrapusieron a la autocracia una utopía —dice Venturi— y precisamente esta actitud religiosa acabó alejándolos de la libertad. Su destino reaccionario no derivaba del carácter feudal de sus ideas, sino de su democratismo abstracto, de su ciega adoración del pueblo ruso.

Lo que tenían también en mente era renunciar a métodos bárbaros para combatir la barbarie y los despotismos. “Precisamente en esta actitud

²²⁴ Carrillo Prieto, *Ante la desigualdad...*, *cit.*

²²⁵ Venturi, F, *op. cit.*, p. 43 (Introducción).

parece hallarse la razón más profunda del interés actual por estos personajes, tan alejados de la Rusia de hoy; por estos románticos decimonónicos”,²²⁶ cuyos ecos pueden oírse en las páginas de Solzhenitsyn, denuncia de un Estado burocráticamente despótico. La desembocadura acabó arrasando con la Unión Soviética como estructura jurídico-política a menos de un siglo de su casi inverosímil fundación y el del *Gulag*, aberración criminal y enorme desvarío de la razón derrotada al desplomarse el optimismo de la Ilustración y de sus bondades espirituales, dejando profundas heridas que no acaban todavía de cicatrizar, en Oriente y Occidente. Cuba y Corea son las reliquias últimas de aquella mala pasada de la historia, plagada de “buenas intenciones”.

Después de un siglo (XVIII) en que Rusia había mirado a Europa, imitándola, utilizándola, sirviéndose de ella, se produce ahora una profunda desilusión, una invencible repulsión ante la Europa salida de la Revolución francesa... mezclada con una creciente desconfianza en la capacidad ideal de Rusia para europeizarse por completo.²²⁷

En la polémica histórica de los occidentalistas rusos y los eslavófilos, Herzen destaca al proponer una suerte de síntesis de los antagonismos:

El poderoso pensamiento del Occidente, en el último término de su largo desenvolvimiento histórico, será lo único que logrará fecundar los gérmenes adormecidos en el seno del orden patriarcal de los pueblos eslavos. El *artel* (la asociación obrera) y la comuna rural (*obshina*), la repartición de las cosechas, los productos y las tierras, las asambleas comunales y el agrupamiento de los pueblos en unidades distritales que se autoadministren, todo esto será el fundamento de un *régimen nacional de libertad*. Pero esas bases no son aún sino piedras dispersas que sin el pensamiento occidental, quedarían como cimientos inconclusos.²²⁸

Habría que advertir que esta *toma de posición* ocurría cuando Herzen ya había quedado desilusionado a raíz del fracaso de una revolución “interrumpida”, la de 1848.²²⁹ Dice Venturi que “de un modo muy original” Herzen trató de aunar su admiración por Proudhon con su esperanza en Blanqui y su voluntad insurreccional (funcionando antitéticamente en su realidad histórica), pero hay algo más, que Venturi tuvo el tino de subra-

²²⁶ *Ibidem*, p. 44.

²²⁷ *Ibidem*, p. 45.

²²⁸ Venturi, *op. cit.*, p. 47.

²²⁹ Carrillo Prieto, *Derechos...*, *cit.*

yar: “el maravilloso escritor que fue Herzen”, raro privilegio entre activistas políticos, que no suelen ser maestros del estilo literario. Esto lo hizo atractivo y famoso y redobló el actual interés por su obra (como lo demuestra a las claras la monumental de Venturi y el papel en ella desempeñada por Herzen, como personaje y como motivo, pero también como “motor” del libro). Herzen contribuyó, con la fuerza de su pluma y la perseverancia de sus estudios, a examinar las posibilidades de “una revolución desde arriba mejor que desde abajo” en la fórmula de Alejandro II, preferible a las estériles conjuras y conspiraciones que brotaban, de la noche a la mañana, lo largo de toda Europa.

El problema fundamental de aquella época fue la *relación entre la renaciente voluntad de libertad y la exigencia de igualdad* y después de revolución social. Estas dos ideas y estas dos aspiraciones políticas resurgieron juntas durante la guerra de Crimea y tomaron mil formas en el debate entre Herzen y Chicherin, Herzen y Kavelin, Herzen y Chernyshevski, Herzen y Ogarëv... Contra el forzado intento de divorciar a quienes vivieran y sufrieran juntos, existe siempre *un hombre genial*, Alexandre Ivanóvich Herzen, que *escapa orgánicamente a toda académica y partidista clasificación*.²³⁰

Su pensamiento teórico y su experiencia personal, tan impactante, son el tema de las líneas que siguen, a fin de proponer otra figura “romántica” en la política y el derecho de su tiempo.

“No creo en que haya dudas —escribe Venturi— sobre el momento del surgimiento de la ideología en la mente de Herzen, de Bakunin, de Chernyshevski”.²³¹ El término *ad quem*, en el otro extremo, es el 10. de marzo de 1881, día en que el Comité Ejecutivo de *Narodnaya voila* tuvo éxito en su atentado contra Alejandro II. A partir de entonces, el movimiento revolucionario ruso ya no tendrá una plataforma única. Todo el socialismo ruso es populista desde 1848 hasta 1881.²³² Después, será socialista revolucionario, socialdemócrata, menchevique, bolchevique, anarquista. En aquel entonces y de dicho tranco —concluye el rusólogo italiano— surgieron los supuestos ideales, la psicología y los “tipos humanos” que condicionaron la sublevación de 1917. “Populismo” —aclara el autor de la monografía— es la traducción de la palabra rusa *narodnichestvo*. Derivada de *narod*, pueblo, no comenzó a usarse hasta 1870. Casi simultáneamente entró en uso también el término *narodnik*, “populista”. Es decir, sólo cuando el movimiento adqui-

²³⁰ Venturi, *op. cit.*, pp. 56 y 57.

²³¹ *Op. cit.*, p. 88. Véase Carrillo Prieto, *Derechos...*, *cit.*

²³² *Op. cit.*, p. 89.

rió una forma más organizada y consiguió fuerza y virulencia se acuñó una palabra para distinguirlo. Antes se había hablado de socialistas, de comunistas, de radicales, de nihilistas. Y cada una de estas designaciones refleja un aspecto, una fase del populismo. Herzen puede ser considerado el creador del populismo.

Antes de convertirse en un movimiento político —ya lo hemos oído—, el populismo no se había expresado en una doctrina, sino en una vida, la de Herzen. “Cuando en los años sesenta el populismo se convierta en una corriente política, se olvidará en cierto modo a Herzen y se renegará de él, pues trasmitió a la nueva generación su vida de buscador y crítico político y no un pensamiento acabado. Esto constituirá la amargura de sus últimos años, el cierre doloroso de una vida tan extraordinariamente libre e inteligente”.²³³ Ya hemos aludido a distintos elementos a tener en cuenta para leer a Herzen: su apasionado compromiso juvenil contra el despotismo, su sensación de gozar privilegios indebidos en un mar de pobreza y opresión y su vocación literaria, puesta al servicio de la causa libertadora después del fracaso de los jóvenes héroes decembristas y de la represión de Nicolás II, desatada inmisericorde a partir de aquellos hechos. Es su exilio de Rusia, a la que nunca regresará, lo que posibilitó su influencia entre la *intelligentsia* y fue su capacidad de relacionarse, su simpatía y chispeante ingenio, así como su independencia económica, la que le abrieron las puertas de los pensadores, artistas y políticos occidentales. Es también su repulsión a los grandes y declamatorios sistemas filosóficos al modo hegeliano lo que le llevaría a hacer de su vida y de su pasado una fuente ideática poderosa y convincente, convirtiendo su autobiografía en una espléndida biografía “de ideas”.

Uno de los idearios más fructíferos del “decembrismo”, al decir de Venturi, fue “la forma de renuncia, a favor del pueblo que el movimiento ruso asumió con mayor claridad que otros muchos movimientos contemporáneos y semejantes en Europa. Esta voluntad de establecer, *mediante el sacrificio*, un puente entre la elite ilustrada y las masas campesinas, *por encima del Estado absolutista y contra él*”. Es cierto, por otra parte, que había un precedente —recuerda Venturi—: el de la noche del cuatro de agosto de 1789. Pero las condiciones eran distintas; en Rusia no se había desencadenado “el gran miedo”; los nobles no tenían que sacrificar de inmediato lo que corrían el riesgo de perder y, por lo demás, también en la Revolución francesa aquel gesto quedó como un ejemplo de generosidad.²³⁴ En esa fuente decembris-

²³³ Venturi, *op. cit.*, p. 99.

²³⁴ *Ibidem*, p. 101.

ta —ya se ha dicho aquí— bebieron Herzen, Bakunin y Chernyshevski; las relaciones de ellos con Herzen mereciera capítulo aparte. Es útil analizar además de *Pasado y pensamiento*, magna autobiografía, las contribuciones de Herzen en el *Kolokol*, el exitoso periódico que Herzen ideó y publicó en Ginebra y en Londres, donde buscó refugio después del fracaso parisino de 1848. “Derrotados el 13 de junio, nos dispersamos llenos de esperanzas. Después, todo ha perecido. Francia se ha convertido en una cueva de ladrones y en un pueblo de lacayos... Yo lo he perdido todo; perdí en un naufragio a mi madre y a uno de mis hijos, perdí a mi mujer. Derrotado incluso en mi hogar, tras pruebas terribles y amargas me arrastro, sin ocupación ni meta de un país a otro”. No tenía amigos, ni programa ni alguna exaltación vital cuando desembarcó en la ciudad de las “nieblas eternas”, a finales de agosto de 1852. Lo que había perdido en 1848 no fue —como se dijo— “la fe” en las revoluciones violentas, sino su “amor” por ellas. Pronto se distanció también del grupo de alemanes marxistas, que sin fundamento calumniaban a Bakunin, entonces preso en San Petersburgo, calificándolo de agente zarista. Resultaba ciertamente inverosímil serlo desde su lúgubre celda en la prisión de Pedro y Pablo en las riberas del Neva, pero Marx andaba entonces a la greña con Rusia, prefiriendo a Turquía en el análisis de potencialidades revolucionaras. En 1853, los polacos exiliados ayudaron a Herzen a conseguir una imprenta de caracteres cirílicos. El primer pliego de esta “libre topografía rusa en Londres” fue un llamamiento: “A los hermanos de Rusia”.

Herzen acertaba psicológicamente cuando proclamaba “No se puede ser hombre, libre y tener siervos domésticos, comprados como mercancía y vendidos como un rebaño. No se puede ser hombre libre y tener derecho a azotar a los campesinos y a mandar apalear a los siervos domésticos. No se puede hablar siquiera de derechos humanos cuando se es dueño de almas humanas”.

El zar, con la esclavitud de los siervos, esclavizaba también a los amos. La amenaza de una *jacquerie* era real, pues —se decía— delitos terribles traen consigo terribles consecuencias. Herzen, desde las páginas en cirílico, enfocó la cuestión: “La palabra socialismo no es conocida por nuestro pueblo, pero su significado está próximo al alma del hombre ruso que vivía su vida en la *obshina* rural y en el *artel* obrero. En el socialismo Rusia se une a la revolución. Tales inundaciones oceánicas no se pueden detener a latigazos. Hacedos a un lado si no queréis ahogaros, o nadad con la corriente”.²³⁵ Las fuerzas más activas existentes en Rusia irán —según el exiliado— el elemento anarquista de la nobleza y el elemento comunista en el pueblo.

²³⁵ *Ibidem*, p. 225.

“Tierra y libertad” fue la consigna de aquel entonces, es decir, la liberación de los siervos y las reparticiones agrarias que evitarían el horror de un proletariado agrícola de veinte millones de hombres rusos vagando en las inmensidades de sabanas, estepas y tundras en busca de un pedazo de pan.

El propio Herzen dejó claro que la idea de crear *Kolokol* (“La Campana”) fue de Ogarev y no suya. Ogarev había llegado a Londres en 1856 y, con él, el socio, el compañero de luchas, el amigo venido de la feliz adolescencia de ambos, que la represión zarista había destruido; a Herzen lo lanzó a la política y la errancia, mientras que Ogarev tomaba otros caminos, que ahora confluían con los de su antiguo camarada. Inglaterra les estaba mostrando a ambos la importancia de la opinión pública para obtener transformaciones legisladas.

Como ocurre con las empresas del periodismo político, pronto el *Kolokol* levantó ampollas a izquierdas y derechas, y las rupturas no se hicieron esperar: liberales doctrinarios y radicales (Chernyshevski) se apartaron o fueron apartados de sus páginas y ni sabihondos académicos ni biliosos nihilistas cupieron más ahí. Se trataba también de una “incomunicación generacional”, que acabaría por aislar a Herzen al cabo del tiempo, dejándolo en un olvido tan injustificado como había sido su altivez ante las opiniones adversas a las suyas.

Herzen apuesta políticamente por una reforma agraria basada en la *obshina*; las disputas sobre el problema conllevaron la disminución del influjo de *Kolokol*, y Alejandro II no desaprovechó el declinar evidente del periódico para azuzar a sus agentes y atacar a Herzen y lo que éste representaba. Katkov, antiguo colaborador de Herzen, fue convencido para fungir como el Torquemada del *Kolokol*; la sublevación polaca fue la puntilla para aquel valiente y valioso panfleto periódico, que recogió durante años la expresión de la revolución que estaba incubada ya en lo más profundo del alma rusa. Al proponer una federación entre Polonia, Rusia y Ucrania, Herzen sepultó definitivamente su noble empresa esclarecedora, mató a su criatura y cortó para siempre con muchos con quienes había soñado un porvenir libre e igualitario para su patria que, decían, había sido traicionada por él.

La otra memorística de Herzen, *Pasado y pensamientos*, quiso ser, como la de Bakunin, una *Confesión*,²³⁶ una excepcional, en la línea de Agustín y Rousseau al recuperar *la temps perdu* por obra del recuerdo vivo, sin los falsos pudores y los justificantes de otras *Memoires* trasmutadas en alegatos *pro causa* del autor y sus ideas, de sus pasiones y afectos, como también de sus odios y antipatías, lo que en el fondo parece fatalmente inevitable, pero que ad-

²³⁶ Edición española traducida por Novikova, Madrid, 1994.

mite grados y matices importantes. Las de Herzen han sido unánimemente saludadas como obra maestra del género, originales y por ello modélicas para obras como las de Rechy M.,²³⁷ mexicano especialista en Herzen, que siguen la línea de entreverar narración biográfica, ensayo, crítica académica, crítica política y literaria, retratos de personajes, atractivos o repulsivos, diarios de viajes y de aventuras (reales o imaginadas), la vida misma en toda su proteica manifestación hasta cuando parece monótona y plana, que nunca lo es realmente y menos en plumas como la de Herzen.

“No se trata de apuntes, sino de una *confesión*, alrededor de la cual y con cuyo pretexto se han reunido algunas impresiones sueltas del *Pasado* y algunas ideas retenidas de los *Pensamientos*”.²³⁸ Las notas para elaborarlas comenzaron con su destierro juvenil, primero en Vyatlea y después en Vladimir. Son la obra, en consecuencia, de toda una vida, que comenzó con unos *Apuntes de un joven*, publicados en 1840.

Es muy probable —dice Herzen— que ya haya sobrevalorado mucho este trabajo (“Pasado y Pensamientos”)... Puede ser que yo lea mucho más de lo que está escrito; lo que se cuenta despierte mis sueños y actúa como un jergológico que yo puedo descifrar porque poseo la clave. Es posible que sólo yo oiga levantarse espíritus bajo estas líneas... tal vez, pero no por eso aprecie menos este libro, el cual mucho tiempo me sirvió para sustituir personas y cosas que había perdido... Todo lo personal se deshoja rápidamente y uno ha de resignarse a ello. No se trata de desesperación, ni de vejez, ni del hielo de la indiferencia; *es una juventud de cabello encanecido*... Sólo por este camino se puede sobrevivir humanamente a algunas heridas. En un monje, no importa la edad que tenga, siempre están presentes un anciano y un adolescente... Lo que la juventud no tiene todavía, estará ya perdido en la vejez y las cosas con las cuales sueña la juventud sin tener un interés personal en ellas, salen por detrás de las nubes de la tormenta y de los resplandores de un modo más sossegado y claro y también como si no se hubiera tenido un interés personal... ¡Y que pasen de largo los sueños y los hombres!

Una caracterización lograda del político, “en la banca” o en el exilio, da una idea de las calidades de su escritura:

Esa clase de gente, que sufre por la necesidad de actividad política y no es capaz de estar a gusto recluyéndose entre las cuatro paredes de un despacho o en la vida privada. Son personas que no saben estar sin compañía; si se encuentran solos padecen de ataques de melancolía, se vuelven mimosos,

²³⁷ Inéditas.

²³⁸ Herzen, *op. cit.*, p. 3.

pelean con sus últimos amigos, ven por doquier intrigas contra ellos, y ellos mismos intrigan para desvelar las tretas inexistentes de los demás... Necesitan como el aire un escenario y un público; al subir a un estrado son héroes de verdad y son capaces de aguantar lo inaguantable. Les hace falta el estruendo, el trueno, necesitan pronunciar discursos, escuchar las réplicas de los enemigos, precisan la excitación de la lucha y la fiebre del peligro...²³⁹

El relato de su detención es también un alto ejemplo de narrativa, pleno de tensión y dramaticidad auténticas, así como la del proceso seguido en su contra y la extraña sentencia, que se adoptaba “tomando en consideración la juventud de los criminales, pues según las leyes se nos debería quitar la vida o condenar a trabajos forzados a perpetuidad, como a personas que habían sido sorprendidas injuriando a Su Majestad con canciones revolucionarias en el curso de un banquete”.²⁴⁰ ¡A tal grado llegaba el despotismo zarista, ya bien entrado el siglo XIX! pero también sirva el vergonzoso dictamen para apreciar la distancia recorrida y el esfuerzo empeñado para superar aquellas atrocidades.

Sin embargo —sigue contando Herzen—, el emperador, con su misericordia infinita, perdonaba a la mayor parte de los culpables, dejándoles vivir en su domicilio bajo control policial. Con respecto a los más culpables, ordenó en el exilio a provincias remotas, donde deberían desempeñar un servicio civil bajo el control de las autoridades locales, por un periodo de tiempo indefinido.

El talento de Herzen para llegar a la última profundidad que sus “miniaturas biográficas” es subrayable. Bastaría recordar el retrato de Granovski:

En el final de aquella época difícil y en la que todo estaba oprimido, en la que sólo la bajeza oficial hablaba en voz alta, la literatura se encontraba estancada y, en lugar de enseñarse la ciencia, se impartían clases de teoría de la esclavitud: los censores hacían gestos de desaprobación al leer las parábolas de Cristo y tachaban las fábulas de Kyrlov; en aquella época, uno se sentía aliviado al encontrarse con Granovski en su departamento. “No todo está perdido si él continúa su discurso”, pensaban todos, y respiraban con más libertad... Y eso que Granovski no era ni un luchador, como Belinski, ni un dialéctico, como Bakunin. Su fuerza no consistía en la polémica acerba o en la negación audaz, sino en la influencia moral positiva, en la confianza absoluta que suscitaba en los demás, en el esteticismo de su naturaleza, en la apacible sere-

²³⁹ *Ibidem*, p. 18.

²⁴⁰ *Ibidem*, p. 47.

nidad de su espíritu, en la pureza de su carácter y en su protesta profunda y permanente contra el orden existente en Rusia. No sólo sus palabras ejercían influencia, sino también su silencio: las ideas que no podían ser expresadas se dejaban ver tan claramente en las facciones de su rostro, que resultaba difícil no adivinarlas y más aún en un país donde la mezquina arbitrariedad había enseñado a todos a descifrar y entender la palabra oculta. En la lúgubre época de las persecuciones, desde 1848 hasta la muerte de Nicolás I, Granovski pudo mantener no sólo su departamento, sino su forma independiente de pensar y eso se debió a que, en él, el coraje caballeresco y la lealtad absoluta, propia del convencimiento apasionado se combinaban armónicamente con cierta delicadeza femenina con la suavidad de maneras y con un poderoso espíritu de reconciliación...²⁴¹

Dice Herzen que Granovski “tenía el don de poseer un extraordinario tacto de corazón”, y que en su alma, rebosante de amor, serena e indulgente, desaparecían las torpes discordias y se apagaba el grito de la susceptibilidad egoísta. Granovski, por la naturaleza de su alma, con todo su romanticismo y su reprobación de los extremismos, hubiera sido más bien hugonote y girondino que anabaptista y jacobino. “Tuberculoso, murió prematuramente, después de haber sido reconocida su fuerza cognitiva expresada públicamente en los cursos que impartió en la Universidad de Moscú y Moscú —escribía Herzen entonces—, tras su desaparición, se quedó vacía. Murió —añadía— rodeado del amor de la nueva generación, de la simpatía de toda la Rusia educada y del reconocimiento de sus enemigos”.²⁴²

La expresión que Herzen usó y popularizó en *Kolokol* para referirse a los paneslavistas, los eslavófilos, “nos enemigos les amigos”, nuestros amigos enemigos, amigos enemistados, pero amigos al fin y al cabo: feliz expresión. Era duro admitirlo, pero había en estos amigos enemistados con el progreso un culto algo infantil de lo popular; fueron parcialmente causantes del desprecio con que los intelectuales rusos miraban las historias, tradiciones y costumbres populares, ensalzadas por los eslavistas no por sus valores intrínsecos, sino por lo que tienen de refractarias al cambio, por su valor emblemático de inmovilidad disfrazada de “venerables” tradiciones.

La idea nacional —preciada y polémica— (que los eslavófilos ponían en la base de su concepción del mundo y de la historia)

por sí misma es una idea conservadora que implica la delimitación de los derechos de un pueblo *en detrimento* de los derechos de otros pueblos y la ene-

²⁴¹ *Ibidem*, pp. 73 y 74.

²⁴² *Ibidem*, p. 86.

mistad hacia éstos; en dicha idea están presentes tanto el concepto judío de la superioridad de la tribu como las aspiraciones aristocráticas al mayorazgo y a la pureza de sangre. La idea nacional, entendida como bandera, como himno de guerra, sólo se reviste de una aureola de gloria cuando un pueblo lucha por su independencia, cuando se sacude el yugo extranjero. Por eso, el sentimiento nacional, por exagerado que sea, rebosa de poesía en Italia y Polonia, mientras que en Alemania resulta grosero.²⁴³

Al cabo del tiempo la grosería sería algo más, una aberración moral y jurídica, arma de cobardes y perversos que se multiplicaron como hongos a todo lo ancho y largo de Alemania nacional-socialista.

En este punto Herzen tocaba uno de los mayores tópicos de su tiempo, el surgimiento pleno del sentimiento nacional italiano, alemán, polaco, irlandés, ucraniano, noruego. Pasquale Stanislao Mancini sería el campeón teórico de la causa y del nuevo derecho internacional, un *jus gentium* modernizado por él en la Universidad de Turín desde 1850, fecha de la inauguración de su cátedra célebre. Fue el discurso jurídico-político el que no sólo explicó, sino también impulsó el aglutinamiento de las regiones y las comunidades alrededor de un eje: el Estado nacional centralizado.

Mancini nació en Castel Barónia, en la Camponia en 1817, y cursó derecho en Nápoles, especializándose (¡noble tradición!) en la filosofía del derecho y el derecho penal,²⁴⁴ opción que han preferido pensadores tan valiosos como Beccaria y Ferrajoli, precursor y epígono, respectivamente.

Tenía que resultar grandemente atractivo un pensador jurídico que daba a la luz una obra como *Dei progressi del diritto nella società, nella legislazione e nella scienza* (1853), que conocía a Garibaldi y que encabezaba el Ministerio de Justicia del Piemonte, desde donde abogaba por la desaparición de las órdenes religiosas y del Concordato con la Santa Sede. Después, ministro de Instrucción Pública, logró abolir, en 1865, la pena de muerte. La política lo llevó a constituirse en máximo representante de la izquierda parlamentaria. Tuvo el honor (?) de ser maestro de derecho penal del rey Humberto y escribió, a la manera de Savigny, el tratado *La vocazione del nostro secolo per a riforma e la codificazione del diritto delle genti e l'ordinamento della giustizia internazionale*, cuyo mero título, además del guiño a lo alemán savigniano, es todo un programa, válido hasta hoy (y quizá hoy más que nunca).

Mancini sólidamente en una segunda oportunidad de encabezar el Ministerio de Justicia (1876) abolió nuevamente la pena de muerte, restable-

²⁴³ Herzen, *op. cit.*, pp. 92 y 93.

²⁴⁴ Pérez Luño, Antonio, "La filosofía jurídica de P. S. Mancini y su teoría de la nacionalidad", *Sobre la nacionalidad* de P. S. Mancini, traducción de Carrera Díaz, Madrid, 1985.

cida dos años antes, continuando así una antigua batalla de la Ilustración. Murió en Nápoles el 26 de diciembre de 1888.

La influencia del eclecticismo de Victor Cousin en Mancini es patente al encarar la vieja problemática de las relaciones entre la moral y el derecho, pero también los influjos de la tradición jurídica italiana —sostiene Pérez Luño—, la de Vico y su “jusnaturalismo abierto a la historia”, el aparato teórico de Romagnosi y el principio democrático nacional de Vecenzo Gioberti y Giuseppe Mazzini, por mencionar a los más destacables.

“En el derecho se produce la feliz alianza de la razón y la sensación de lo real con lo ideal; del conocimiento a priori con las experiencias, del principio de a virtud y el de la felicidad. Todo ello tiene como fin el bien de la personalidad humana, considerada como el producto de una combinación del elemento moral con el sensible”.²⁴⁵ Lo trascendente en Mancini no es su filosofía, sino *su sensibilidad* —añade el profesor español— para captar los signos de su época, para interpretarlos certeramente e, incluso para anticipar los cauces de su evolución y solución. Mancini fue el más esclarecido portavoz del *Risorgimento*, es decir, del principio inflexible de la necesaria unidad de Italia y el fundador de la escuela italiana de derecho internacional.

La nación es en Mancini un fenómeno “natural”, a diferencia del Estado, que es creación humana, producto voluntario que la razón prescribe para que el raudal comunitario fluya en cauces prefijados por el orden jurídico.

La nación es, para Mancini, la sociedad natural de hombres conformados en comunidad de vida y de conciencia social por la unidad del territorio, de origen, de costumbres y lenguas. En plena clave romántica, Mancini subraya la conciencia de la nacionalidad, es decir, el sentimiento que ella adquiere de sí misma y la hace capaz de constituirse por dentro y de manifestarse por fuera. Los sujetos del derecho internacional, por ende, no son los Estados, sino las naciones. La comunidad internacional es el resultado “natural” un orden “natural” compuesto por entes, también ellos “naturales”. Comparte con Schlegel y Herder la preocupación por las especificidades nacionales (que un día desembocarán en ideologías racistas). Pero la visión de Mancini, sin duda, es liberal y no meramente voluntarista: “*El derecho no puede ser nunca un producto de la pura voluntad humana; es siempre una necesidad de la naturaleza moral*”.²⁴⁶ (Las reivindicaciones “soberanistas” que hoy se plantean en Palestina, Cataluña, Euskadi y Escocia aparecen

²⁴⁵ *Op. cit.*, p. XV.

²⁴⁶ Mancini, *op. cit.*, pp. 24 y 25.

como un trasunto de la revolución nacionalista del siglo XIX, y en Mancini hubieran encontrado albergue hospitalario).

“La teoría de la nacionalidad elaborada por Mancini supone admitir el derecho, una especie de derecho natural de cada nación a constituirse en Estado para hacerse independiente, si se halla englobada en un Estado que abarque otra u otras nacionalidades, o asumiendo en un Estado único las fracciones de la misma nacionalidad sujeta a diversos estados”.²⁴⁷ (Esta última hipótesis fue el centro del argumento nacionalsocialista para el *Anschluss*, así como para invadir el corredor polaco de Danzing, para la anexión de los súbditos checoslovacos y para justificar la ocupación de Alsacia y Lorena).

Se sabe de la principal objeción que a esta tesis manciniana opuso Romagnosi: el concepto de nación será en ocasiones político, histórico o sociológico, pero no jurídico. Jurídicamente no hay nación si no existe el Estado-derecho que la organice; en ausencia de un orden jurídico propio, positivo y vigente, la nación es mera entelequia.

Otto Bauer replanteará los términos del problema al señalar —sostiene Pérez Luño— que las relaciones entre nación y Estado no se resuelven en la oposición de lo “natural” y lo “artificial”, sino en la oposición entre la exterioridad del poder del Estado y del derecho positivo y la interioridad de la conciencia nacional, que por vivir dentro de cada individuo como una fuerza operante indestructible trasciende las estructuras estatales y jurídico-positivas, como también lo ha entendido García-Pelayo al estudiar a Bauer. En Mancini subyace Kant y la voluntad consciente de autonomía y libertad, desde el plano individual hasta el de la vida de los pueblos. Lo relevante en Mancini viene también de su axiología y de su oposición a la política internacional *des faits accomplis* (que mucho ayudaría a Hitler, y también a China en el Tíbet, a la triste Inglaterra de Thatcher con Las Malvinas y a Polk el norteamericano de la inicua guerra contra México en 1847).

“Como hombre del *Risorgimento*, imbuido de sentido histórico y *del gusto romántico por la individualidad y la diversidad*, Mancini es un ferviente defensor de las peculiaridades de cada nación”.²⁴⁸ Mancini profesa —añade Pérez Luño— fe en los valores de la paz, la unidad de la especie y la hermandad entre la nacionalidad, pero no fue un *nacionalista*, es decir, un ideólogo de la exaltación del culto incondicional y arbitrario de las peculiaridades nacionales por el mero hecho de ser nacionales, que era en el fondo la posición de Herzen frente a los esclavófilos y la disputa nacionalista de Polonia y Ucrania enfrentadas al zarismo.

²⁴⁷ Pérez Luño, *op. cit.*, p. XXII.

²⁴⁸ *Ibidem*, p. XXVI.

Mancini y su generación sufrieron en silencio la proclamación del dogma de la infalibilidad papal definida por un pontífice decepcionante, quien al principio de su reinado había despertado grandes esperanzas.²⁴⁹ Se diría que, en contrapartida, los juristas italianos, con el ilustre internacionalista a la cabeza, proclamaron el dogma de la independencia de las naciones. Además, al releer a Puffendorf, rechaza Mancini, con ilustrado ánimo, el pretendido derecho de conquista y las patentes de corso y saqueo, esas costumbres bárbaras elevadas a la categoría de privilegio encomiable por la política inglesa de corsarios, bucaneros y piratas: no fue sólo un pintorresquismo tropical que Morgan el incendiario hubiera entrado en el Olimpo de los prohombres británicos: nadie más lejos de esos delincuentes isabelinos que el Mancini pacifista.

Recordaba también el jusfilósofo que la Asamblea francesa de 1789, la misma que votó la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, no llegó en cambio a establecer una declaración del derecho de gentes, propuesta por el abate Gregoire en veintiún artículos, y que sostenía que “los pueblos están entre sí en estado de naturaleza y tienen por vínculo la Moral Universal. “La propuesta —afirma Pérez Luño— fue considerada *sublime*, Barrère la relegó entre los sueños filosóficos, y la Asamblea pasó entonces a ocuparse del orden del día”.

Mancini alcanza a ver que la religión, la raza, la lengua, la historia, las leyes y las costumbres son los ingredientes primarios de toda nacionalidad, pues constituyen la propia naturaleza de cada pueblo, por sí mismo distinto.²⁵⁰ Pero, además, cuentan en su individualización con delimitaciones geográficas (las de Italia, poéticamente “rodeada por los Alpes y el mar”) y las concomitantes del clima, que mucho tiene que ver con el carácter y la sensibilidad de los pobladores, como ya lo había advertido Montesquieu, así como también las características y feracidad del suelo, que llegan a influir en la psicología en la inteligencia de los hombres. Trae a cita Mancini la idea de Cuvier y el origen telúrico de las civilizaciones, distintas entre sí según la cadena montañosa en la que se originan y donde surgen inicialmente. Otras preferirán hablar de los grandes ríos y cuencas para explicar el nacimiento de las primigenias culturas de la humanidad. Con todo, lo que verdaderamente interesa al *ius gentium* es la unicidad de la naturaleza humana, tal y como la postula Mancini al asentar sobre ella su teoría jurídica internacionalista y su reprobación de la esclavitud. Se adhiere también a las tesis de Newton, según las cuales “en historia natural no hay que admitir

²⁴⁹ Carrillo Prieto, *Derechos...*, *cit.*, el capítulo sobre Pío IX.

²⁵⁰ Mancini, *op. cit.*, p. 27.

más causas que las necesarias para la explicación de los fenómenos”, y la de que “cada efecto semejante debe referirse siempre a las mismas causas”. Mancini sugería estudiar la historia natural del hombre para apoyar sólidamente la construcción del derecho internacional, sobre bases factuales. Hasta la constitución y la fisonomía humanas influyen en las relaciones entre las naciones, y recuerda Mancini que los chinos consideraban “horrorosos” a los ingleses, dificultando la percepción a los intercambios comerciales y diplomáticos. Por otro lado, para que surja una “personalidad nacional” es preciso la “conciencia de la nacionalidad”, el sentimiento que adquiere de sí misma y que hace capaz de constituirse por dentro y de manifestarse por fuera. Un mero agregado de hombres, sin dicho sentimiento común, no llegaría nunca a estatuirse como nación:

Hasta que esta fuente de vida y de fuerzas no inunda y penetra con su prodigioso vigor toda la masa informe de los demás elementos, su múltiple variedad *carece de unidad*, sus activas potencias no tienen un centro de movimiento y se disipan en desordenadas y estériles esfuerzos; existe ciertamente un cuerpo inanimado, puro aún, incapaz de funcionar como una personalidad nacional y de someterse a las relaciones morales y psicológicas de toda organización social diferenciada... La conservación y desarrollo de lo nacional constituyen para los hombres no solo un derecho sino un deber jurídico. Y ciertamente el título *de derecho* se deriva de la inviolable legitimidad del ejercicio de la libertad de cada hombre, o de una asociación de hombres, *mientras se mantenga respetuoso* hacia la libertad, igualmente legítima de otros hombres.²⁵¹

La nación —según Mancini— no surge, en consecuencia y como quiere el contractualismo político, de pacto o acuerdo colectivo alguno, ni histórica ni conceptualmente.

Estos vínculos jurídicos, que se generan espontáneamente del hecho de la nacionalidad, sin que sea causa eficiente de ello artificio de pacto político alguno tienen un doble modo esencial de manifestación: la libre constitución interna de la nación y su independiente autonomía con respecto a las naciones extranjeras. La unión de ambas es el estado naturalmente perfecto de una nación, su etniarquía.²⁵²

Esa etniarquía mancinista es el tema crítico de Polonia y Ucrania, que a Herzen le fue tan problemática, moral y políticamente, ideando otra vía, muy distinta de la del profesor turinense.

²⁵¹ *Ibidem*, pp. 34-37.

²⁵² *Ibidem*, pp. 38 y 39.

Los rusos seríamos más ridículos que los alemanes al intentarnos demostrar (los eslavófilos) que tenemos un carácter nacional propio: no lo cuestionan ni siquiera nuestros adversarios, que nos odian porque nos temen, no porque nos rechacen, como Metternich rechazaba Italia. La aparición de los eslavófilos, como escuela o doctrina concreta, fue muy oportuna, pero si no hubieran adoptado más bandera que el pendón ortodoxo ni otros ideales que el *Domostroy* (antiguo conjunto de reglas, acerca del matrimonio, la educación de los hijos y el mantenimiento del hogar), habrían pasado por un curioso partido de hechiceros y personajes extravagantes, que debían haber nacido en otros tiempos. Su fuerza y su futuro no estaban en todo eso. Su tesoro se hallaba tal vez oculto en un antiguo vaso sagrado, pero el valor de ese tesoro nada tenía que ver con el propio vaso o con su forma. El paneslavismo se desarrolló en la lamentable época del Congreso de Viena... Los gobiernos restauradores, Lázaro que yaapestaba, instigaron los odios étnicos y alentaban una especie de tribalismo... las fronteras se cerraban cada vez más, las relaciones y las simpatías entre los pueblos se rompían. La guerra de 1812 contribuyó mucho a desarrollar en el pueblo la conciencia popular y el amor a la patria, pero aquel patriotismo no tenía aún el carácter rancio del eslavismo. Vemos este amor a la Patria en Pushkin en el comandante Karamanzin y en el mismo emperador Alejandro... Durante el reinado de Nicolás, el patriotismo se convirtió en sionismo de látigo y policía... Nicolás abrazó el nacionalismo y la ortodoxia para huir de las ideas revolucionarias... Hablar era peligroso y no había de qué hablar.²⁵³

Añade Herzen que era necesario recordar obras de aquella época, las de Vaulabelle, Lady Morgan, Byron y Leopardi, para llegar a la conclusión de que fue una de las más difíciles de la historia.

“La revolución había defraudado y el monarquismo burdo se vanagloriaba cínicamente de su poder”. Los diez años inmediatamente posteriores a 1825 fueron tan terribles no sólo a causa de la persecución abierta a todo tipo de ideas, sino porque se descubrió un gran vacío en la sociedad, caída, aterrada y desconcertada. Los mejores hombres entendieron que ya no podían seguirse los viejos caminos, pero desconocían los nuevos. Un cielo gris de otoño pesaba sobre las almas, sin dejar esperanza alguna. Los eslavófilos ofrecieron otra solución al problema, cuya clave era la conciencia clara de que el alma popular estaba viva. Su intuición demostró ser más sagaz que sus razonamientos. La salida consistía en el rechazo de la etapa histórica, iniciada por la construcción de San Petersburgo y la vuelta al pueblo, del cual la aristocracia quedó distante y aislada a causa de la educación extranjera y del gobierno germanizado. Pero toda restauración no es sino una mascarada, como fue la francesa borbónica y la de Napoléon III.

²⁵³ Herzen, *op. cit.*, p. 111.

Herzen vio con claridad que, en realidad, no tenían los rusos a dónde volver los ojos, “pues la Rusia anterior a Pedro I era pobre, salvaje y grotesca...”. Los eslavófilos mantenían que estar con el pueblo significaba compartir sus prejuicios, pero ni con eso lograron despertar en él ninguna simpatía. Herzen veía la cosa de otra manera:

Volver al campo, al *artel* de los obreros, a la asamblea de la *obshina* o al mundo de los cosacos es otra cosa. Pero si hemos de volver a ellos, no es para preservarlos para siempre en las inmóviles cristalizaciones asiáticas, sino para desarrollarlos, para separar sus principios organizativos de todo lo ajeno, enfermo y adulterado. Los integrantes de la *artel* trabajaban juntos, se ayudaban mutuamente, y al final del año se repartían las ganancias equitativamente. La *obshina* era la organización del campesinado. Los miembros de la *obshina*, cuyos límites coincidían con un pueblo o una aldea, resolvían en asamblea todas las cuestiones de importancia. Además de cumplir funciones de autogobierno, la *obshina* era un instrumento de justicia social y, cada cierto tiempo, repartía entre sus miembros las tierras de la comunidad dificultando así la división entre ricos y pobres.

Eran, según Herzen, los embriones del socialismo ruso, y añadía que “todos los brotes nuevos que ahora surgen en los campos de la historia están abonados con la sangre, el sudor y lágrimas de veinte generaciones”. (Como puede verse, la célebre arenga churchilliana está en deuda con Herzen).²⁵⁴

Concluye, sin vacilación alguna: el *artel* y la *obshina* son los fundamentos de la vida rusa que, sin embargo, sólo a duras penas lograron sobrevivir a lo largo de la difícil construcción histórica de la unidad estatal y bajo la opresión del Estado, y no pudieron desarrollarse.

Herzen se decantó:

Únicamente el poderoso pensamiento de Occidente, resultado de su larga historia, es capaz de fecundar los embriones dormidos en la vida patriarcal de los eslavos. *Obshina* y *Artel* son las piedras angulares sobre las que se edificará el templo de nuestro futuro, fundamentado en la libertad. Las piedras angulares no son más que piedras, y sin el pensamiento occidental, nuestra catedral no tendría más que cimientos.

Con esto Herzen no dejó contento a ninguno, disgustando a todos por igual.

“Despotismo o socialismo, no hay más opciones”, proponía Herzen como conclusión, argumentando que

²⁵⁴ *Ibidem*, p. 115.

dos grandes personalidades históricas, dos actores encanecidos de la historia occidental, los representantes de dos mundos y dos tradiciones, la del Estado y la de la libertad individual, no pueden dejar de detener, de destruir al tercer actor, mudo, sin bandera y sin nombre propio, con la soga de la esclavitud en su cuello, que llega tan a destiempo y golpea violentamente las puertas de Europa, este actor que tiene un pie casi en Alemania y otro en el océano Pacífico...

Rusia contaba y mucho para el nuevo orden concertado en el Congreso de Viena, y contribuyó con la pintoresca Santa Alianza de Alejandro II, y su patético misticismo²⁵⁵ a hacer de Europa una gran cárcel de revolucionarios y un logrado mecanismo de represión ineluctable contra toda la tribu libertaria. Herzen, empero, sacó como conclusión la tesis, que convertiría en una suerte de faro, como una indicación salvífica, de que “el desarrollo libre y razonable de la vida del pueblo ruso coincidía con las aspiraciones del socialismo occidental”.²⁵⁶ Así, quedaba superada la antinomia de una Rusia profundamente anclada en el océano eslavo, antitética de la otra, prolongación del Occidente cristiano y racionalista, que corría incansable hacia una meta de progreso material y riqueza multiplicada, dispuesta a extender los beneficios de los derechos y libertades a los nuevos productores y consumidores siempre y cuando se obtuvieran en los términos (pacíficos) y condiciones (mediante parlamentos controlados parcialmente) que el Congreso de Viena y sus secuelas habían “autorizado” para Europa y Gran Bretaña, cuya observancia quedaba pendiente de la eficacia de policías políticas, agentes infiltrados, agentes dobles y hasta triples, disfraces teatrales y toda suerte de truculencias que no sólo fueron eficaces, sino que dieron materia y argumento a novelas de Dostoyevsky y relatos de Conrad, que mucho sabían de aquel mundo subterráneo, mucho más que lo que de él llegaron a conocer los dueños del momento. (Ya ni quien se acuerde de Castlereagh, de Pozo de Borgo o de Neselrrode, que administraron aquellas ferias y alimentaron esas hogueras). Fue ese condicionamiento la pérdida de todo el artilugio vienés tejido por el Canciller de Porcelana que un día sería remplazado por uno de Hierro, dos almas distintas, aunque análogas en el fondo.

Los eslavófilos eran universitarios, y en la institución científica había encontrado acogida su visión científica de los problemas rusos (que toda universidad que se respete debe dar para eso y también para más que eso). También en los salones literarios eran recibidos y escuchados esos náufragos políticos, que arribaban a las playas de esos islotes mundanos en medio del

²⁵⁵ Carrillo Prieto, *Derechos...*, *cit.* Especialmente la ceremonia del Campo de Marte.

²⁵⁶ Herzen, *op. cit.*, p. 118.

mar embravecido de represiones. “El hecho de que otros campos de la vida humana estuvieran prohibidos obligaba a la parte instruida de la sociedad a vivir en el mundo de los libros... Por medio de los esclavófilos, la sociedad protestaba contra la ofensa que la soberbia del gobierno peterburgués infligía al sentimiento nacional”.²⁵⁷ *Laisser faire* en política y *laisser aller* en la vida social de la aristocracia daban el tono a la vida moscovita.

“La libertad con que entablaban las relaciones humanas estaba ausente en la vieja vida europea”. Con penetración, Herzen se percata de que la alta sociedad rusa aspiraba a un modo de vida “parisien”, ya inexistente en Francia:

todavía soñamos con los tiempos en que Voltaire reinó en los salones parisenses y la gente acudía a los debates de Diderot como si se tratara de cenas con esturión; cuando la visita de David Hume a Paris hizo época y todas las condesas y vizcondesas lo cuidaban y mimaban... Nos vienen a la memoria los tiempos de las veladas del barón Holbach y del estreno de *Figaro* (aún sin la magia de Mozart) cuando toda la aristocracia de Paris se agolpó en las colas durante días enteros a contemplar un drama revolucionario que, al cabo de un mes, se verificaría en el mismísimo Versalles y en el que el futuro Luis XVIII desempeñaría el papel de Figaro y Marie-Antoinette el de Susana.

Herzen ridiculizó esa fútil aspiración elitista por llegar a ser copia o remedo de otra civilización (en el sentido francés de la expresión) recordando el *tempipassati*:

Ya no existen aquellos salones del siglo XVIII, aquellos sorprendentes salones donde, bajo la cosmética y los encajes, se crió con leche aristocrática el cachorro de león que se desarrollaría en la grandiosa revolución... Occidente y particularmente en Francia no están ahora para tertulias literarias, cortesías o modales elegantes. Habiendo tapado un vacío terrible con el manto imperial tachonado de abejas, los burgueses-generales, los burgueses-ministros y los burgueses-banqueros viven la gran vida, hacen millones y pierden millones en espera del convidado de piedra de la liquidación.²⁵⁸

En Moscú hubo salones que se pronunciaron por “los derechos naturales e imprescriptibles” de la aristocracia, en los cuales las señoras y señoritas leían ensayos muy aburridos, escuchaban debates muy largos y polemizaban sobre los esclavófilos y el auténtico patriotismo. El relato de Herzen de su polémica de salón con el esclavista Jomiakov (“que confundía más que con-

²⁵⁷ *Ibidem*, p. 119.

²⁵⁸ *Ibidem*, pp. 122 y 123.

“vencia”) es una pieza notable de crónica vivaz y quintaesenciada de aquellos días de efervescencia y represión, en los que

un hombre que toda su vida, por ser inmensamente rico, no cumplió ningún servicio a la sociedad pero que contribuía, con su dialéctica, a reducir el sentimiento de vacío que destruyó el optimismo de sus amigos y compañeros más cercanos... hombres quebrantados que se detuvieron como sombras tristes en el límite de la resurrección del pueblo.

El retrato que Herzen logra de los místicos y ascetas, de los papas y sus iconos (“que no eran simples pedazos de madera sino órganos vivos que durante siglos habían absorbido la fuerza de la fe de los creyentes”) es uno colmado de escepticismo, pero también de simpatía soterrada, con la buena fe y el candor de aquellos hombres atrapados en un callejón sin salida. Una larga crónica de fracasos y desventuras, de soledad y depresión, de incertidumbre y desesperación, una fiel pintura de la vida, de esa vida extraña que fue la de Herzen y sus contemporáneos, yendo y viniendo de un exilio a otro para no encontrar sosiego en ningún sitio, el cruel peregrinaje que el despotismo y la intolerancia siguen prescribiendo hasta cuando orillan al “exilio interior”, de los españoles bajo el franquismo y de los cubanos bajo la bota castrista, aunque haya muchos otros exilios escondidos en las entrañas profundas de las metrópolis occidentales, que no conoceremos nunca.

La generación de Herzen, signada por el decembrismo, “al salir de la puerta de la Universidad se topó con las puertas de la prisión”,²⁵⁹ como ha ocurrido otras veces en otros sitios; durante las guerras de liberación asiáticas, africanas y latinoamericanas en el siglo XX.

“La cárcel sólo podía doblegar a los débiles para quienes la lucha era un impulso pasajero de juventud y no una capacidad, una necesidad interna. La conciencia de ser perseguido abiertamente desarrolla el deseo de oponerse y el peligro duplicado enseña a contenerse y forma la conducta”. Era la época de las ejecuciones de Pável Péstel y los demás líderes decembristas y el relato que describe la personalidad, y el perfil ideológico de los protagonistas ayuda a entender qué valores estaban en juego y las reglas del juego mortal en que participaba Herzen.

Así, por ejemplo, al hablar de Konstantin Akxákov, dice:

Sus convicciones no se apoyaban en un lamento que clama en el desierto, en suspiros lánguidos o en esperanzas remotas, sino en una fe fanática, intolerante, unilateral, estrecha: la fe que presiente el triunfo. Akxákov era unilate-

²⁵⁹ *Ibidem*, p. 131.

ral, como todo combatiente: es imposible luchar si uno está armado con un eclecticismo que sopesa serenamente todos los pros y los contras. Se hallaba rodeado de un ambiente hostil, muy poderoso y mejor equipado que él: tenía que avanzar entre enemigos de toda clase y enarbolar su propia bandera. ¿Se puede hablar de tolerancia en tal situación? “Toda su vida fue una protesta incondicional contra la Rusia creada por Pedro y contra el periodo peterburgués de la historia rusa, una protesta en nombre de la vida del pueblo, ignorada y reprimida”.

La magistral caracterización de algún estilo periodístico de aquella época a la que se refiere Herzen tampoco puede ser desperdiciada: “Cuando lees una obra de Podogin tienes la sensación de que el autor está insultando a alguien y miras sin querer a tu alrededor para ver si hay señoras en la habitación. En cambio, cuando lees a Shevyrev sueñas con algo distinto a lo que está escrito”.²⁶⁰ Con todo, es inevitable que muchos pasajes y episodios de esas “memorias” suenen a cosa ya ida, a pleitos y amores desvanecidos por el curso del tiempo y sus rigores, y que aquellas disputas deslavadas ya no guarden interés sino para los especialistas. Pero, en conjunto, son la historia de una larga aventura en pos de nuevas ideas sociales y la de una voluntad constante por dar a cada quien lo suyo, cuando menos en el relato de los difíciles años de la opresión inclemente con que los Romanoff habían sujetado durante siglos a Rusia.

Al abandonarla, sin saber que sería para siempre, Herzen miró la columna coronada con un águila demacrada de una sola cabeza con las alas abiertas y no pudo contener su alegría: “Algo es algo, una cabeza menos”, dijo, aliviado al no tener enfrente nunca la bicéfala de los Romanoff, símbolo de su odiosa tiranía, a la que nunca retornaría y a la que daría una guerra ideológica sin cuartel.

La segunda parte de *Pasado y pensamientos*, concluida en 1866, aborda la revolución parisina de 1848,²⁶¹ que aquí ha sido entrevista. Lo primero de aquella realidad fue decepcionante para Herzen, pues estaba por abajo del ideal que su imaginación y esperanzas habían ido concibiendo durante la formación juvenil, que quedaba muy atrás.

El valor de la caballerosidad, la elegancia de las maneras aristocráticas, la grave solemnidad de los protestantes, la orgullosa independencia de los ingleses, la suntuosa vida de los artistas italianos, la brillante inteligencia de los enciclopedistas o la sobria energía de los terroristas: todo ello se ha fundido y

²⁶⁰ *Ibidem*, p. 137.

²⁶¹ Carrillo Prieto, *Derechos...*, *cit.* El capítulo sobre Toqueville y sus recuerdos.

transformado en una serie completa y distinta de costumbres dominantes, las costumbres burguesas.²⁶²

Añade: “Cuando la clase media se hallaba en situación desgraciada y para defender su fe y sus derechos, se unía a los brillantes marginados de la aristocracia, aparecía rebosante de grandeza y poesía. Pero esto no duró mucho y Sancho Panza, al apoderarse del territorio y asentarse cómodamente en él, dio rienda suelta a sus instintos y perdió su sentido común y su humor popular: triunfó el aspecto vulgar de su naturaleza”.

La confusión babélica europea le lleva a proponer la tesis de que es la codicia, libre de todo control, la que ha trastornado todo. Toda la moral se ha reducido a que el desposeído ha de adquirir por todos los medios y el pudiente ha de guardar y aumentar la propiedad. El hombre se ha convertido, *de facto*, en un apéndice de su propiedad, y la vida ha pasado a ser una lucha perpetua por el dinero. Decía también que la vida se había transformado en tiendas de cambistas y mercados, la política en primer término.

En el mundo burgués todos los partidos y tendencias se han separado poco a poco en dos bandos principales: por un lado los burgueses propietarios, que se niegan obstinadamente a ceder su monopolio y, por otro, los burgueses desposeídos, que pretenden arrancar la propiedad de manos de los primeros, pero no tienen la fuerza suficiente; es decir, por una parte está la *avaricia* y, por otra, la *envidia*.²⁶³

Una muy personal interpretación de la historia más cercana a Herzen debía ser retenida y esclarecida:

Pertenecer a la aristocracia suponía un compromiso. Desde luego, como sus derechos eran fantásticos igualmente fantásticas eran sus obligaciones, aunque sólo se mantuvieran dentro del grupo de iguales. El catolicismo implicaba un compromiso aún mayor. Los caballeros y los creyentes no cumplían muchas veces sus obligaciones, pero la conciencia de que, al no hacerlo, violaban la alianza social por ellos mismos reconocida, les impedía ser libres en sus infracciones o considerar éstas como norma de su comportamiento... Pertenecer a la burguesía no compromete a nada, ni siquiera a cumplir con el servicio militar... La burguesía se aprovechó de lo escrito y actuado por Voltaire, Rousseau, Schiller y Gohete y apareció liberada, no sólo de los reyes

²⁶² Herzen, *op. cit.*, pp. 154 y 155.

²⁶³ *Ibidem*, p. 157.

y la esclavitud, sino de todas las obligaciones sociales, excepto la de la colecta para contratar al gobierno que habría de protegerla.²⁶⁴

El retrato de Proudhon, abocetado por Herzen, guarda el valor de lo conocido de primera mano. Dos grandes del socialismo se encontraban finalmente cara a cara sin negar que el primero ya había alcanzado fama y nombradía, un tanto luciferinas y el memorialista, no tenía aún quien le reconociera, a plenitud, su gran valía.

Proudhon estaba siendo procesado cuando su revista dejó de publicarse... Aquel día (13 de junio de 1848), la Guardia Nacional irrumpió en la tipografía, despedazó las prensas y arrojó al suelo los tipos, como para confirmar en nombre de la burguesía armada, que en Francia, comenzaba el periodo de la violencia suprema y la arbitrariedad policial. Pero el indomable gladiador, el tozudo campesino de Besançon no quiso abandonar las armas y enseguida emprendió la edición de una nueva revista, *La Voix du Peuple*. Tenía que encontrar 24,000 francos para la fianza y Sazonov propuso que yo la pagara... Me sentía muy obligado hacia Proudhon, porque había sido muy importante en mi evolución y, después de pensarlo un poco acepté, aunque sabía que la fianza no duraría mucho... Proudhon es el dialéctico y polemista de las cuestiones sociales *par excellence*. Los franceses buscan en él al experimentador pero, al no encontrar el presupuesto de un proyecto de falansterio ni la policía de Icaria, se encogen de hombros y dejan a un lado el libro.²⁶⁵

Herzen advirtió, perspicaz, que Proudhon obtenía su fuerza del rechazo, de la pulverización del antiguo orden social que su fuerza no estaba en la construcción, sino en la destrucción.

Proudhon —decía Herzen— suele avanzar sin seguir un camino prefijado y no teme estropear aquello que se encuentra a su paso ni llegar demasiado lejos. No posee la sensibilidad ni el pudor retórico y revolucionario que sustituye en los franceses al pietismo protestante... Por eso se queda solo entre su gente y, más que convencer, asusta... Hay en él el genio tribal galofranco que se manifiesta también en Rabelais, Montaigne, Voltaire y Diderot... e incluso en Pascal, Proudhon se sitúa junto al lecho del enfermo y le dice cuál es la causa por la que se encuentra mal... Si una vez concluida la observación proclama el triunfo de la muerte, ¿acaso es culpa suya? Aquí no hay familiares que puedan asustarse con esa muerte; somos nosotros mismos los que morimos. La multitud grita indignada: ¡Danos remedio, u oculta la en-

²⁶⁴ *Ibidem*, pp. 160 y 161.

²⁶⁵ *Ibidem*, pp. 166 y 167.

fermedad...! En su actividad política no se manifestaron ni la fuerza ni los principios de aquel pensamiento con que revistió la armadura de su dialéctica. En cambio, se ve claramente que para él la política, es decir el antiguo liberalismo y el republicanismo constitucionalista ocupa un lugar secundario, como algo que prácticamente ha pasado o ha desaparecido.

Algo grande habría en Proudhon para que Marx le dedicara durante años los mejores tiros de su pesada artillería. Algo que no dependía de filiaciones ni de modas intelectuales. ¿Genio? Sin duda, pero no lo tuvo, en cambio, para conducirse ante la Asamblea Nacional, en donde “su personalidad —dice Hezen— se perdía en aquella madriguera burguesa. ¿Qué podía hacer allí un hombre que había protestado contra el engendro de la Constitución de 1848, ese fruto lamentable del trabajo de setecientas personas durante siete meses? “Levanto mi voz —dijo Proudhon— contra vuestra Constitución no solamente porque es mala sino también porque es Constitución”, a lo que alguno respondió: ¡al Oficial el discurso y al manicomio el orador! A Thiers Proudhon lo puso en su lugar con la propuesta de contar su propia vida paso a paso, en la tribuna, para después cederla a Thiers a fin de que hiciera lo propio y ver entonces quién de ellos tenía autoridad moral suficiente como para hablar de moralidad. “Thiers, que nunca tuvo ni un adarme de ella, frunció el entrecejo y dejó su risita burlona a un lado, mientras Proudhon, con aspecto de severo y encorvado aldeano, descendía lentamente los peldaños del pulpito, entre el asombro respetuoso de los diputados, que sin embargo, no se atrevieron a aplaudirle”.²⁶⁶ A los revolucionarios “profesionales”, un intelecto independiente como el del rebelde les resultaba odioso, como lo era también su falta de respeto hacia los ídolos aceptados por la sociedad.

Herzen consigna un punto revelador del clima intelectual en que Proudhon se desenvolvía:

En 1850, E. Girardin publicó en *Prensa* la idea nueva y audaz de que los fundamentos de los derechos no son eternos, sino que avanzan, modificándose con el desarrollo histórico. ¡Qué escándalo causó este artículo! Las críticas; el clamor y las acusaciones de inmoralidad duraron meses gracias a la labor de la *Gazette de France*.²⁶⁷

¿Acaso no resulta grandemente revelador del genio francés que, a pesar de todo, la opinión, ilustrada o no, tomara tan en serio cuestiones como

²⁶⁶ Carrillo Prieto, *Derechos...*, *cit.*

²⁶⁷ Herzen, *op. cit.*, p. 174.

aquélla? La vida intelectual gozaba de salud a pesar del medio político méfítico en que discurría, y Proudhon formaba parte importante de ella.

La última vez lo vi en San Pelagie: a mí me desterraban de Francia, a él le quedaban todavía dos años de cárcel. Nos despedimos con tristeza: no quedaba ni un rastro de esperanza. Proudhon se mantuvo silencioso y ensimismado, mientras yo me consumía en la exaltación; ambos teníamos muchas ideas en la cabeza, pero no queríamos decirlas. He oído hablar mucho de su crueldad, de su *rudesse* e intolerancia, pero nunca percibo en él nada parecido. Lo que la gente blanda definía como crueldad en su aspecto eran los duros músculos de un combatiente. Su ceño fruncido testimoniaba sólo la labor intensa del pensamiento; cuando se enfadaba recordaba a Lutero enfurecido o a Cromwell... Proudhon sabía que yo le entendía y le apreciaba, y que no ignoraba que eran pocos quienes le entendían. El sabía que muchas personas creían que era un hombre poco afectuoso, pero al oír de Michelet la noticia de la desgracia ocurrida con mi madre y Kilia mi hijo me escribió desde S. Pelagie, entre otras cosas: ¿Acaso el destino debe golpearle también por ese lado? No puedo recobrar la tranquilidad después de este horrible suceso. Le tengo afecto a usted y le llevo profundamente en mi pecho, que muchos consideran de piedra. Desde entonces no lo he vuelto a ver.²⁶⁸

A Herzen, sin embargo, le faltaban por ver otras muchas cosas que en *Pasado y pensamientos* reclaman el interés y el estudio más extenso que el de este modesto ensayo, que no puede llegar al punto final sin recordar el vehemente y lúcido alegato de Herzen sobre la condición de la mujer frente a la tradicional lapidación que de ella se hacía, en la práctica cotidiana, pero, también, desde ciertas teorías “puritano-socialistas”, contradictorias e inadmisibles, incluida la de Proudhon.

“¿Acaso la mujer aspiró a liberarse del yugo de la familia, de la eterna tutela, de la tiranía del marido, del padre y del hermano y luchó por su derecho a un trabajo independiente, al conocimiento y a su protagonismo civil, únicamente para seguir arrullando como paloma durante toda su vida? Me da pena la mujer”.²⁶⁹ También valen mucho, como en Toqueville,²⁷⁰ sus propios recuerdos de 1848, aun cuando no superen la espléndida narración del francés, entre otras cosas porque Herzen no conocía a fondo los meandros de París y sus humores peculiarísimos, que no tenían secretos para Toqueville, quien hizo de su historia un clásico del *suspense* político, un relato mucho mejor por más personal que *El 18 Brumario* de Marx.

²⁶⁸ *Ibidem*, pp. 181 y 182.

²⁶⁹ *Ibidem*, p. 200.

²⁷⁰ Carrillo Prieto, *Derechos...*, *cit.*

Nunca le faltó a Herzen habilidad para “describir subjetivamente”, y los sucesos del 48 no fueron la excepción. Baste la siguiente muestra:

“Aún puedo ver los rostros sombríos de la gente que cargaba las piedras. Un joven trabajador se encaramó a una barricada, que parecía estar terminada y, enarbolada la bandera, entonó La Marsellesa con voz lenta, grave y solemne. Todos los que habían estado construyendo el parapeto comenzaron a cantar y el coro del gran himno, que salía de las piedras de la barricada, le llegaba a uno al alma”.²⁷¹ O esta otra:

Eufóricas turbas de reclutas ebrios vagaban por los bulevares cantando *Mourir pour la patrie*, mocosos de dieciséis o diecisiete años se jactaban de haber vertido la sangre de sus hermanos, con la que habían manchado sus manos y las burguesas les lanzaban flores y salían de las tiendas para saludar a los triunfadores... La burguesía festejaba la victoria, mientras humeaba el arrabal de San Antonio. Las paredes, destrozadas por los impactos, seguían derrumbándose y podían verse los interiores de las habitaciones por las heridas en las piedras; aún ardían los muebles dañados y brillaban pedazos de los espejos rotos...²⁷²

París dejaba de ser atractivo también para Turgenev, quien visitaba a diario a los Herzen; el relato de las despedidas y los adioses no deja de conmovér, con esa tristeza muy rusa, la melancólica aunque bulliciosa manera eslava de consolación que era la de la pequeña colonia de exiliados.

A Herzen le parecía a ratos que toda su vida “había sido un error”,²⁷³ y un largo periodo depresivo lo fue apartando de sus iguales; sentía que había sido víctima de una cruel broma: “Todo lo sagrado que hemos amado, a lo que hemos ofrecido sacrificios, ha sido burlado por la vida”. Una distinta comenzó para Herzen en Inglaterra, de 1852 a 1860.

Herzen ya sabía que su análisis de lo europeo no sería del agrado de nadie, ni en Rusia, en donde se le tenía como desnaturalizado al juzgar y condenar a quienes, en sus propias palabras, eran “mayores y ¡qué mayores!”. En Inglaterra descubre a John Stuart Mill y su defensa de la libertad de pensamiento y de conciencia. A diferencia de Milton, “que defendió la libertad de la palabra contra los ataques del poder”,²⁷⁴ el enemigo de Stuart Mill es distinto: “él no lucha en contra de un gobierno ilustrado, sino en

²⁷¹ Herzen, *op. cit.*, p. 208.

²⁷² *Ibidem*, p. 209.

²⁷³ *Ibidem*, p. 219.

²⁷⁴ Carrillo Prieto, *El primer momento angloamericano*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2013. El capítulo sobre Milton y su *areopagítica*.

contra de la sociedad y de las costumbres, en contra de la *fuerza asesina de la indiferencia*, la intolerancia mezquina y la mediocridad”.²⁷⁵

¡Se está reduciendo el alma!, clamaba el filósofo y economista y clamaba en el desierto, “horrorizado por la degradación permanente de las personas, los gustos y los modales, por la vacuidad de los intereses y la falta de energía... Ha visto cómo todo se vuelve cada vez más mezquino, más indiferenciado, más descolorido, quizá más decente... pero también más vulgar”. Era ya famosa la expresión de Mill: “falta de temple”; eso era lo urgente, contar con hombres y mujeres “de temple”, de otro “temple” del fundacional, poderoso y optimista, temple saludable y cordial. Dice Herzen que J. S Mill, como lo hizo Owen, también llamó a los hombres, durante setenta años y fue en vano. No encontró, al igual que Diógenes, a nadie con el “temple de acero” que es preciso para ser capaz de cambiar lo establecido y mejorar la vida social, que consiste en una moralidad convencional, de dientes para afuera, “que no exige inteligencia ni voluntad especial”.

Herzen dedicó atención reflexiva al utilitarismo y a su pontífice y fue para él otro mirador adicional en sus días de exilio en Gran Bretaña, cuando tuvo que enfrentar las calumnias marxistas contra Bakunin, encerrado entonces en la fortaleza de Pedro y Pablo. Pudiera afirmarse que Herzen vio con anticipación lo que sería la prensa sensacionalista de tabloides y tintas de todos colores: “se trata —decía— de un fenómeno puramente inglés”, en el que la hipocresía, el voyerismo y la truculencia son ingredientes esenciales. Frente a dicha prensa fue que a Herzen le dio por defender a Bakunin, “prensa de cervecería”, como él la calificaba. “Mi protesta y mis cartas a Mazzini... debieron provocar la furia de Marx”, con la que éste hizo muy mal; pretender que Bakunin estuviera al servicio de la policía zarista era francamente demencial. Las pequeñeces y bajezas, las intrigas, las calumnias y la hipocresía de que Herzen fue testigo entre los marxistas lo curaron de espantos. Desfilaron ante sus ojos otros, no mejores que aquéllos: Buchanan, Ledru-Rollin, Kossuth. Quizá se salvó Mazzini y... ¡nadie más!

Cosa muy distinta fue el encuentro de Herzen con Robert Owen:

En el salón estaba un viejecito pequeño y de baja estatura, con la cabeza completamente blanca y un rostro que irradiaba una bondad extraordinaria; su mirada era dulce, pura y luminosa, esa azul mirada infantil que conservan algunas personas hasta la senectud avanzada como reflejo de una enorme bondad.²⁷⁶

²⁷⁵ Herzen, *op. cit.*, p. 226.

²⁷⁶ *Ibidem*, p. 277.

El trato de Owen —añade— con la gente era muy sencillo, pero en él, como en Garibaldi, se traslucía a través de la bondad la fuerza y la conciencia de ser uno de los poderosos. En su condescendencia había un sentimiento de la propia superioridad, el cual, tal, vez era consecuencia de su permanente relación con un deplorable entorno. En general, Owen se parecía más a un aristócrata arruinado, al hijo menor de una gran familia noble que a un plebeyo y a un socialista.

Herzen, a pesar de la simpatía hacia Owen, no pudo consentir que absolviera a Nicolás el zar como también a ladrones y a otros delincuentes, consecuente con sus ideas de lo colectivo, de lo social, alegando que nadie tiene la culpa de la educación que recibe y del medio en que vive cada cual. “¿Acaso fue por eso por lo que la gente no perdonó nada a Owen, ni siquiera su desvanecimiento antes de morir ni su delirio enfermizo sobre los espíritus?”.²⁷⁷

Fantasmas y sombras le rodearon como en un aquelarre particular en sus últimos días, aunque siguió predicando contra la pena de muerte y a favor de la armónica vida del trabajo común, “The New Armony”. Cuando Owen declaró que *el orden social era un manicomio (this lunatic asylum)*, la ira de los poderosos estalló en imprecaciones y maldiciones. “La expresión *lunatic asylum* —dice Herzen— fue empleada por Owen, desde luego, *comme une façon de dire*. Los Estados no son las casas de quienes perdieron la cabeza, sino de quienes la sentaron. Pero, en realidad, podía emplear tal expresión sin equivocarse”. Luego, Herzen logra una página notable, quizá la más original de Pasado y pensamientos:

El veneno o el fuego en las manos de un niño de tres años es igual de peligroso que en las manos de un perturbado de treinta años. La diferencia es que la locura de uno es un estado patológico y la del otro es un grado de desarrollo, un estado embrionario. La ostra representa el grado de desarrollo del animal cuando todavía no tiene patas, es de hecho un animal sin patas, pero no de la misma manera que un animal al que se las hubieran cortado. Sabemos (pero no lo sabe la ostra) que en circunstancias favorables los intentos de desarrollo orgánico culminan con la aparición de patas y de alas y consideramos las formas desarrolladas del molusco como una de las olas crecientes del flujo marino... Owen se dio cuenta de que para el organismo es mucho más cómodo tener piernas, brazos y alas que estar siempre dormitando en su concha... Entonces, se entusiasmó hasta tal punto que, de pronto, se puso a predicar a las ostras diciéndoles que cogieran sus conchas y le siguieran. Las ostras se

²⁷⁷ *Ibidem*, p. 279.

ofendieron y le calificaron de antimolusco, es decir, de un ser inmoral desde el punto de vista de las conchas y le maldijeron.²⁷⁸

Al final, el error de Owen —dice Herzen—, al igual que el de Muntzer, Saint-Simón y Fourier, fue la impaciencia, incluida la de Jesucristo. La pregunta permanece irresoluta: ¿la conciencia racional y la independencia moral son compatibles con la realidad del Estado? Bakunin, encadenado medio año a un muro de la prisión de Olmitz, es parte de la repuesta, como nos obliga Herzen a recordar, él que tanto ayudó a los trashumantes políticos de su mundo decimonónico que ya se disolvía en el confuso final que cimbraría al mundo, hasta al lejano de la civilización norteamericana, cuando se desplome el Imperio de los Habsburgo y Viena conozca la creciente pujanza de Berlín y el desprecio prusiano. Toda una generación encontraría entonces la muerte en el lodazal nauseabundo de las trincheras europeas de la Gran Guerra, símbolo odioso de la locura nacionalista y de la vocación centrífuga, destructora de las comunidades reales, las desconocidas o ignoradas por decadentes y fatigadas, insolidarias y dogmáticas elites, políticas, sociales sindicales y religiosas. Herzen ya no lo vería, pues su ocaso llegaba cuando el siglo diecinueve, prodigioso y revolucionario de a de veras, ya se apagaba. Moriría desencantado y abandonado, y con él desaparecía también un mundo fascinante de ideólogos conspiradores “letraheridos”, que recorrían, incansables, los caminos y ciudades, soñando con otro modo de ser y de vivir. Basta con que Beethoven haya llenado de luz esos años para que sean imperecederos, pues música mayor no la hubo nunca, como tampoco hubo pasiones y fulgores como los de aquel siglo que impulsó las esperanzas que harían del mundo un lugar habitable. Entre las dos guerras hubo una tregua, gracias a la cual ciencia y cultura moldearían un mundo nuevo, ajeno del todo a Herzen, no tanto en las ideas como en la sensibilidad. Su vida, comprometida con lo mejor del hombre, puede, ella sí, acordarse con los cantares con que Beethoven llama a todo para ser empeñosamente felices.

²⁷⁸ *Ibidem*, p. 293.